

Algo sobre Hamlet

HAMLET, el príncipe de negro indumento, que parece una sombra vagando en pos de una idea, es un personaje sacado por Shakespeare no del fondo de la tierra, como sus otros personajes, sino de la espuma del ser humano. El heredero del trono de Dinamarca no es hombre, es una obsesión hecha carne, cuyo destino lo constituye la eterna búsqueda de algo que no puede encontrar en tanto sus pies se arrastren por el polvo y se pierdan sus voces como fantasmas desorientados en las profundidades del infinito. Hace falta agregar la potencia de su espíritu a esa instintiva contracción de la voluntad que, apegada al cuerpo, rehusa entrar de lleno en el laberinto de las cosas abstractas.

El genial dramaturgo ha comprendido la importancia del tipo que nos presenta en su tragedia y lo ha hecho enorme. Hamlet es en sí tan grande que sus turbaciones no son sino el fruto de su anormalidad. Cuando el tétrico personaje pasea monologando por las sombrías cámaras reales, no puede alejar su inquietud por un instante; se le echan encima sus complicaciones, le toman en su vértigo demoledor, y él incapaz, de permanecer impassible ante el hervidero de energías que siente bullir en su interior, no atina sino a interrogar, a excitarse y a huir de sí mismo, como quien teme a su propio pensamiento.

Hamlet no necesita de muchos actores; puede interpretarse con sólo el joven meditabundo e inquieto que lo absorbe todo absorbiéndose a sí mismo en esa duda martirizante, cruel y continua, cuyo diente se hinca en su cerebro, mordiéndole la tranquilidad hasta un extremo inconcebible.

El Hamlet que habla no es Hamlet, es su sombra, mejor dicho, tal vez la esencia de su naturaleza que asciende desde el abismo humano a la cumbre de los seres inmateriales y deja flotando en el ambiente toda esa palabrería sin fin como las plumillas de una alfombra a poco de ser sacudida por el azote de una huasca.

Este ascenso lo ayuda a elevarse sobre los otros personajes y por eso ninguno osa colocársele frente a frente. Yago y Desdémona parecen desmanchar el ébano de la faz de Otelo; ambos son tan complejos, se elevan a tanta altura a través del desarrollo del drama, que hay momentos en los cuales no sabemos si atribuir la primacía al guerrero, al traidor o a la heroína. En Hamlet nadie pretende asemejársele; todos se relegan a un segundo término para dejarle aparecer a él en el primero. Claudio actúa sólo de vez en cuando y Polonio, el más pretencioso de todos, debe resignarse a que sus frases llenas de hueca filosofía, sean devoradas por el sarcasmo y las irónicas respuestas del fingido loco. Ofelia misma se destaca en virtud de la luz que su amado arroja sobre ella; sin Hamlet, sin ese busto negro que se le acerca, la hija del Chambelan es como esas flores de corolas cerradas todo el tiempo y prontas a abrirse sólo cuando las alumbra el sol. Hamlet la hace vivir, y Hamlet le impide tomar la preponderancia adonde fatalmente ocurren todos los sujetos a quienes se dejan libres las alas o no se les vendan bien los ojos. Asimismo obra la potencia suya en los demás personajes, regularizando sus funciones y sus caracteres con la fuerza avasalladora que les hace desbocar sus pensamientos hasta un punto más lejano del sugerido por su propio deseo. Las facultades en él están bajo el puño de la tiranía con que una naturaleza demasiado vigorosa le ha cogido, pero esa misma naturaleza impide a otros colocarse en el plano donde se coloca su discípulo, y por tanto los aplasta como a una hierbezuela y sólo permite el crecimiento de su preferido, crecimiento doloroso para todo ser cuya condición humana no está dispuesta a cargar con las prerrogativas de cuanto está fuera de la órbita de sus hábitos.

Hamlet es inquieto porque teme el desmoronamiento de su naturaleza normal; el exceso le hace daño y le mortifica con la idea de que aquellas demasías pueden declinar en la monstruosidad. El ser degradado por ciertas circunstancias puede ser huésped en lo antitético a lo que pretendía subir mientras gozaba de la conmiseración humana, pero tanto peligro hay en el acopio de energías espirituales estancadas en un sujeto ordinario como en el descendimiento de ese sujeto hacia el hoyo de la degradación. Hamlet instruye esto, lo ve en su azoramiento y por eso se detiene con el corazón jadeante e increpa a la maldad, la escupe, la insulta y luego se pierde en conjeturas para hacerse la ilusión que está lejos de ella. En realidad el mal no puede acercarse a su enemigo; teme al vilipendio y teme al apasionamiento observado por el exorcista en sus pláticas, mas la obsesión no se aparta del atormentado y reemplazando al mal, Hamlet, aferrado a su idea, complica el sistema de sus razonamientos y por las ventanas que descuida de cerrar entra la duda, segura como está de su influencia en el ánimo de un hombre que teme caer al precipicio de los monstruos.

Como lo asegura Samuel Taylor Coleridge, Hamlet, huyendo de la realidad, procura indultarse del cumplimiento de sus deberes con su actividad mental. ¿Y por qué es esto? Sencillamente porque el atribulado príncipe teme hacer uso de esa potencia que en sus manos depositó una naturaleza perjudicialmente pródiga. Es como esos regalos que nos hacen cuando niños, a los cuales atinamos sólo a observar porque tenemos miedo de romperlos sin sacar de ellos provecho ninguno. Hamlet va más lejos; no sólo duda del beneficio, aun presente catástrofes, las palpa en el pensamiento y por eso no quiere hacerlas realidad. De antemano descuenta el efecto pernicioso de su fuerza y esta es la causa que al joven príncipe lo lleva a concretarse a la actividad de su cerebro; no se ahorra inquietudes con ello, mas tiene el consuelo y la certidumbre de no haber ejecutado ningún acto torcido, prefiriendo la no acción al hecho cuyo resultado se presenta brumoso. Esto nos demuestra que hay tendencias espirituales a acometer sólo lo positivo. Las fuerzas psi-

quicas inteligentes no se inclinan a tal o cual bando porque las induzca a ello una mayor sensibilidad; sin establecer leyes absolutas podemos asegurar que inconscientemente influye el importantísimo factor que a fin de cuentas avalúa y compara el esfuerzo con su producto.

Pero hagamos caso omiso de digresiones y volvamos a Hamlet. Si el genio de Shakespeare no nos hubiese hecho enloquecer al protagonista de su tragedia, ¿qué actitud hubiera asumido éste? ¿No nos habría parecido en todo caso un loco? ¿Se finge loco Hamlet o en realidad es loco aunque no se lo proponga? Desde los comienzos del drama, en la escena en que el rey y su esposa ruegan al joven que abandone su tristeza, se advierte ya el sarcasmo y la ironía impropia de un doliente que llora a su padre y no tiene sus facultades mentales trastornadas. A aquella insinuación de Claudio: «Y ahora, Hamlet, primado de mi trono, mi hijo», no corresponde en un hombre sano aquel aparte, «Un poco menos que primado y un poco más que primo». Mucho menos a la pregunta del rey; «¿Por qué te envuelven todavía esas nubes de tristeza?», podía uno que no estuviese a las puertas de la demencia contestar: «Nada de eso, señor mío, me da demasiado el sol». Aun el príncipe no ha hablado con el ánimo de su padre, en consecuencia no tienen razón de ser esos desatinos; el propósito de fingirse loco se lo hace después de escuchar la amarga verdad de labios del rey Hamlet y por tanto podemos considerar éste como las primeras manifestaciones de los devaneos a que su naturaleza le arrastra.

El amante de Ofelia sentía el peso de las complicaciones de su espíritu aun antes de la muerte de su padre; probablemente el amor estaba también aposentado en su corazón en vida del difunto, pero ese amor grandioso y todo como es, no basta a acallar la salvaje voz de la abundancia espiritual y ahí está basada la pérdida de serenidad y el continuo trabajo del cerebro.

Por lo demás, la hiperestesia de Hamlet rebalsa todos los límites imaginables; el hombre se sobrevive aún hasta en la idea de una muerte cierta y va con sus escrúpulos hasta más allá del no ser. Esta pulcritud exagerada explica la imposibilidad de ha-

llar consuelo en el amor, siendo el amor la esencia tamizada de fuente humana y estando en exhibición en los ojos de una mujer tan pura como Ofelia.

La pasión de Hamlet, a fuerza de vibrar con el estremecimiento de su potencia interior, tiende a la bestialidad. El amado no podía ofrecer a su dama el puro amor que ella había menester, porque la sensibilidad de la carne muy unida a la ráfaga demasiado sustanciosa de flujo espiritual, no sigue el curso de la causa aceleratriz; en todo caso acelera sus propios instintos y siendo ellos propensos a llevar el hombre a un puesto antagónico del que le sirve de plataforma en su vida cotidiana, no logra el alma someter a la carne y la carne se revela y triunfa del espíritu. Si Hamlet no adivina esto con una concepción clara del asunto, el instinto suyo quintaesenciado por su energía le hace rehuir a la doncella, rechazarla aparentemente para no provocar escenas en las cuales bien pudiera ser que el desencanto sucediese al encanto de los besos y las frases.

Hemos visto cómo el papel de loco que representa Hamlet es el único conveniente a un ser de su inquietud; también vemos la insuficiencia de los sentimientos humanos considerados más potentes para distraerle de su preocupación; estas dos situaciones y la escrupulosidad del personaje nos forman este colorario. Hamlet es la víctima del martirio que coge a los hombres cuya sensibilidad supera a la necesaria para la existencia de un ser que no pretenda extralimitarse de su condición. Y a esta primera frase deducida podríamos agregar esta otra: si un ser está bajo la tiranía de potencias ajenas a las propias de su especie, las potencias comunes que obran en sus congéneres son anuladas por aquélla y la inclinación hacia lo recto no puede cristalizarse en hechos, porque entre la causa que genera la idea y la que debe obrar para producir el efecto, hay una diferencia de latitudes imposibles de igualar. Hamlet está bajo el dominio de ambas causas y con ello justifica sus dudas y su pereza en ejecutar. La muerte de Claudio sólo es obra del arranque nervioso que toma al príncipe, si antes de hundirle su espada analiza un segundo su situación, el usurpador del trono

de Dinamarca queda vivo y el sombrío doncel se entrega en brazos de la muerte entre preguntas y cavilaciones.

Es lástima que Hamlet, el más simpático de los tipos que forjó mente alguna, no convenga para ideal de hombre. La virilidad de ánimo apagada en el instante de obrar da idea de cobardía, y tal indecisión no es propicia para un mundo en el cual se espera el resultado de todos los aprontes, resultado muy influyente en la mentalidad de las muchedumbres y poderosísimo excitante hacia las actividades físicas, única esfera alrededor de la que gira la humanidad.

¿Shakespeare sacó un personaje agazapado en nosotros; sin su genio nunca Hamlet estuviese tan vivo y todos le sentiríamos bullir en el espíritu no atinando a desenmascararlo ni a investigar su psicología? Gracias al inmenso dramaturgo hoy la poseemos. Sus otros tipos los sacó como el labriego saca sus patatas, éste lo arrancó del alma humana como el minero que echa abajo una montaña para extraer un brillante oculto en su corazón.

✓ HERNÁN JARAMILLO.